**Olatz Balda**

**El pan de cada jueves, el plan de cada joven**

El fenómeno del pintxopote esta causando furor en los barrios de Donostia y ha comenzado a extenderse más allá de la capital guipuzcoana

El ruido de los platitos y las tiradas de cervezas se hacen un hueco entre el bullicio generado por las masas que se acercan hasta el barrio de Gros cada jueves. Las tascas se colman de sabores, las terrazas se convierten en el patrimonio de las cuadrillas madrugadoras y las aceras se transforman en el asentamiento improvisado de aquellos que llegan más tarde con el propósito de hacerse con un aperitivo y una bebida por dos euros. El pan de cada jueves, el plan de cada joven. El pintxopote se está convirtiendo en todo un acontecimiento en muchos barrios de la ciudad donostiarra, un fenómeno que amortiza el bolsillo de los guipuzcoanos y que se está expandiendo a los pueblos al todo el territorio histórico. Este evento que para muchos da comienzo al fin de semana, surgió en 2012 cuándo los hosteleros de la Plaza Easo intentaron poner remedio a la falta de clientes durante los días lectivos.

“No damos abasto” dice Sara, camarera del bar Zabaleta, mientras se mueve de lado a lado de la barra intentando averiguar “quién es el siguiente”. Esta periodista ha quedado con la joven de 23 años para realizarle algunas preguntas, pero ella, que no tiene ni un minuto para descansar se disculpa entre varios bufidos y gritos a la cocina. “Esto no es nada, sobre las ocho y media llega lo peor”, anticipa, como si se estuviera preparando para la gran batalla. Armada con bolas de queso, bravas y pizzas en miniatura que expone en grandes bandejas admite que esta iniciativa gastronómica le ha dado “vidilla” a la zona, aunque reconoce que es muy estresante vivirlo desde detrás de la barra: “Gros siempre ha sido un barrio joven y movido, pero antes de que el pintxopote llegara a estas calles, aquí no había ni un alma entre semana”.

Mikel Ubarrechena, director de la Asociación de Hosteleros de Gipuzkoa es consciente de las ganancias que se obtienen con un día así: “Es increíble la cantidad de gente que ha conseguido atraer esta oferta. Al vender grandes cantidades se hace caja. Se trabaja mucho, pero con menos margen”. La iniciativa que comenzó estableciéndose durante la tarde del jueves ha pasado a formar parte de muchos días de la semana: “En Intxaurrondo lo hacen los lunes, y sé de algún bar que también lo hace los martes”. El pintxopote también ha fomentado nuevas alternativas como el gastropote, una idea parecida pero que incrementa el precio de la consumición a cambio de una mayor calidad de los aperitivos.

Según Martín Ibabe, concejal de Juventud del Ayuntamiento de Donostia**,** los mayores beneficiados de este evento son los estudiantes y no los empresarios: “La oportunidad de reunirse entre amigos y comenzar el jueves universitario con unos pintxos ha ayudado a desarrollar el ambiente estudiantil de la capital guipuzcoana”. Daniel y Luis, alumnos riojanos de la UPV, secundan las declaraciones del Ibabe y añaden que el hecho de que fuera tan barato fue lo que les atrajo en un principio: “Donostia es una ciudad muy cara y nosotros que somos de Calahorra lo notamos bastante. De media nos gastamos de 10 euros cada vez que salimos de pintxopote y con eso ya nos vamos servidos y felices (ríen)”.

**En el Antiguo no lo echan de menos**

Desde que la masificación de estudiantes comenzase a hacer mella en el rendimiento de los trabajadores de las tascas antiguotarras y en el bienestar de los vecinos, los hosteleros de la calle Matía dejaron de ofrecer el pintxopote. Sin embargo, y aunque ya no cuentan con grandes aglomeraciones, la afluencia sigue siendo abundante como consecuencia del hábito creado entre los residentes. “Aunque no se haga el pintxopote para mí ya es jueves, y el jueves significa reunión entre amigos en alguna terraza” afirma Kepa Bosch -vecino del barrio-, quien reconoce que la situación era insostenible y admite que el hecho de que hayan quitado este evento no le afecta en absoluto.